



R. J. Ellory

SÓLO EL SILENCIO

Traducción de Jorge Rizzo



Dedicado a Truman Capote
(1924-1984)

«Lo que recordamos de la infancia, lo recordamos siempre:
fantasmas indelebles, grabados, impresos, estampados, marca-
dos, presentes para siempre.»

CYNTHIA OZICK



PRÓLOGO

Un sonido de disparos, como huesos rompiéndose.

Nueva York: su fragor incesante, duros ritmos metálicos y pasos como martillazos, secos e implacables; sus pasos subterráneos y sus limpiabotas, sus cruces atascados y sus taxis amarillos; sus peleas de amantes; su historia y su pasión y sus promesas y sus oraciones.

Nueva York engullía el sonido de los disparos sin esfuerzo, como si no tuvieran más importancia que el latido de un corazón solitario.



Entre tal cantidad de vida, nadie oyó nada.

Quizá por todos aquellos otros ruidos.

Quizá porque nadie escuchaba.

Incluso el polvo, atrapado en un rayo de luna que atravesaba aquella ventana de hotel, a tres pisos de altura, se agitó de pronto en respuesta a los disparos, para luego seguir su camino, errante pero progresivo.

No ocurrió nada, porque aquello era Nueva York, y las desgracias como aquella, tan solitarias como desconocidas, eran legión, algo casi inherente a la ciudad, de breve recuerdo y fácil olvido.

La ciudad siguió con lo suyo. Muy pronto empezaría un nuevo día, y algo tan intrascendente como una muerte no podía retrasarlo.

Al fin y al cabo no era más que una vida; ni más ni menos que eso.



Soy un exiliado.

Me tomo un momento para mirar atrás y ver toda mi vida, e intento ver lo que fue realmente. Entre la locura con que me encontré, entre las tensiones, el estrépito y la brutalidad de los choques entre los hombres que he presenciado, ha habido momentos. Amor. Pasión. Promesas. La esperanza de algo mejor. Todas esas cosas. Pero me enfrento a una visión, y allá donde vaya me encuentro con ella. Yo fui el guardián de Salinger, de pie, al borde de un campo de centeno que me llegaba al hombro, oyendo las voces de los niños que jugaban entre las formas ondulantes y los colores cambiantes, oyendo sus risas al jugar a pillar, sus juegos —su infancia, podríamos decir— y observando atentamente, por si se acercaban al borde del campo. Porque el campo flotaba libremente en el espacio, y si alcanzaban el borde no tendría tiempo de pararlos y evitar que cayeran. Así que miraba y esperaba y escuchaba e intentaba con todas mis fuerzas estar ahí antes de que cayeran dando tumbos por el precipicio. Porque, una vez cayeran, no habría modo de recuperarlos. Se habrían ido. Aunque yo no lograra olvidarlos.



Así ha sido mi vida.

Una vida deshilada como la hebra de una rueca, que no se sabe cuánto resistirá, cuánto durará; si acabará de pronto o seguirá indefinidamente, que va uniéndose a otras por el camino, que en un primer momento no es más que algodón, apenas suficiente para sostener las costuras de una camisa, y en otro una cuerda, trenzada y anudada, cada hebra y cada fibra impermeabilizada para que repela el agua, la sangre, el sudor, las lágrimas; una cuerda con la que levantar un cobertizo, hacer un as de guía doble y rescatar a un niño casi ahogado en una inundación, contener a un potro y someterlo, atar a un hombre a un árbol y azotarlo por sus delitos, izar una vela, colgar a un pecador.

Una vida que vivir, o que ver escapar entre las manos, manos descuidadas y desatentas, pero una vida en todo caso.

Y si se nos da una, deseamos dos, o tres, o más, olvidando fácilmente la que ya hemos gastado sin pensar.





El tiempo avanza en línea recta, como el hilo lanzado por el pescador esperanzado; las semanas se vuelven meses, que se vuelven años. Sin embargo, con todo el tiempo que tenemos, basta dudar el tiempo que dura un latido, y perdemos la pieza.

Momentos especiales —esporádicos, como nudos atados a espacios irregulares, como cuervos sobre un cable telefónico—, eso es lo que recordamos, y no nos atrevemos a olvidar, puesto que en muchos casos son lo único que nos queda para mostrar.

Yo los recuerdo todos, y más aún, y a veces me pregunto si la imaginación no habrá intervenido en el diseño de mi vida.

Porque eso es lo que ha sido, y siempre lo será: una vida.

Ahora ha alcanzado su epílogo, y siento que es hora de contar todo lo sucedido. Porque eso es lo que he sido, lo que siempre seré... nada más que el narrador, el contador de historias, y si hay que establecer juicios de valor sobre quién soy o sobre lo que he hecho, que así sea.

Por lo menos será mi testimonio. Mi testamento, si se prefiere, o incluso mi confesión.

Me siento, tranquilo. Siento la tibieza de mi propia sangre en las manos, y me pregunto cuánto tiempo más seguiré respirando. Miro el cuerpo del hombre muerto ante mí, y sé que, de algún modo, aunque sea mínimamente, se ha hecho justicia.

Pero ahora volvamos al principio. Camina conmigo, si quieres, ya que eso es todo lo que puedo pedir, y aunque he cometido muchos errores, creo que he hecho suficientes cosas buenas como para ganarme este tiempo.

Toma aire. Aguanta. Suéltalo. Todo debe estar en silencio, porque cuando vengan, cuando por fin vengan a por mí, tenemos que estar lo suficientemente callados como para oírlos.







Rumores, habladurías, folclore. Cualquiera que fuera el origen de la creencia, se decía que una pluma blanca indicaba la visita de un ángel.

La mañana del miércoles 12 de julio de 1939 yo vi una; era larga y fina, diferente a todas las plumas que había visto hasta entonces. Rozó el dintel de la puerta cuando la abrí, casi como si hubiera esperado pacientemente para entrar, y la corriente del vestíbulo la llevó hasta mi habitación. La sujeté con sumo cuidado y se la enseñé a mi madre. Ella me dijo que era de una almohada. Yo me quedé pensando un rato. Tenía sentido que las almohadas estuvieran rellenas de plumas de ángel. De ahí es de donde vienen los sueños: de los recuerdos de los ángeles, que se te cuelan en la cabeza al dormir. Aquello me hizo reflexionar sobre muchas cosas. Cosas como Dios. Cosas como la de que Jesús muriera en la cruz por nuestros pecados, algo de lo que ella tanto me había hablado. Yo nunca había hecho mucho caso; la religión nunca había sido mi fuerte. Más tarde, con más años encima, entendería la hipocresía. Daba la impresión de que mi infancia había estado llena de personas que decían una cosa y hacían otra. Incluso nuestro reverendo, el padre Benedict Rousseau, que visitaba los pueblos en su caballo, era un hipócrita, un charlatán, un fraude: con una mano indicaba el Camino de las Escrituras, y la otra se le perdía entre los pliegues de la falda de su hermana. En aquel entonces, de niño, aquellas cosas yo no las veía. Los niños, por muy receptivos que sean, sufren también de ceguera selectiva. Lo ven todo, de eso no hay duda, pero deciden interpretar lo que ven de un





modo acorde con su sensibilidad. Y lo mismo ocurrió con la pluma, que no era gran cosa en sí misma, pero que en cierto modo era un augurio, algo prodigioso. Mi ángel había venido a visitarme. Yo lo creí, lo creí con todo mi corazón, y por eso los sucesos de aquel día me parecieron aún más disparatados e incongruentes. Porque aquél fue el día en que todo cambió.

Aquel día llegó la Muerte. Concienzuda, metódica, indiferente a las modas y a los favores; indiferente a la Pascua, a la Navidad, a cualquier fiesta de guardar o tradición. La Muerte llegó, fría e insensible, recaudadora de los impuestos de una vida, del precio del respirar. Y cuando la Muerte llegó, yo estaba de pie, en el patio, entre los matojos y la tierra seca, rodeado de verdolagas, sanguinarias y gaulterias. Llegó por High Road, creo, recorrió toda la calle hasta el límite entre las tierras de mi padre y las de los Kruger. Yo creo que vino a pie, porque luego, cuando miré, no había huellas de caballo, ni de bicicleta, y a menos que la Muerte pudiera moverse sin tocar el suelo, debió de venir a pie.

La Muerte vino a llevarse a mi padre.

Mi padre se llamaba Earl Theodore Vaughan. Nacido el 27 de septiembre de 1901, en Augusta Falls, Georgia, cuando Roosevelt era presidente; de ahí su segundo nombre. Hizo lo mismo conmigo, me dio el nombre de Coolidge en 1927, y ahí estaba yo —Joseph Calvin Vaughan, hijo de mi padre—, de pie entre las verdolagas, cuando la Muerte vino a visitarnos aquel verano de 1939. Más tarde, tras las lágrimas, tras el funeral y el velatorio sureño, atamos su camisa de algodón a una rama de sasafrás y le prendimos fuego. Nos quedamos mirando cómo ardía hasta consumirse; el humo representaba el tránsito de esta tierra mortal a un lugar más alto, más justo y más equitativo. Entonces mi madre me apartó del resto y, con unos ojos hinchados y sombríos, me contó que mi padre había muerto de fiebre reumática.

—La fiebre se lo llevó —me dijo, con la voz entrecortada por la emoción—. La fiebre llegó a estas tierras en el invierno del 29. Tú no





eras más que un bebé, Joseph, pero tu padre quedó afectado, con suficiente flema y esputo como para irrigar un acre de tierra fértil. Una vez la fiebre te llega al corazón, se debilita y no se recupera, y hubo un momento, quizá durante más de un mes, que contábamos las horas que le quedaban. Pero entonces no se fue, Joseph. Al Señor le pareció conveniente dejárnoslo unos cuantos años más; quizá el Señor pensó que debía esperar a que te hicieras un hombre. —Hurgó en el bolsillo de su delantal y sacó un trapo gris. Se limpió los ojos, embadurnándose la parte superior de los pómulos con *kohl*; tenía el aspecto abatido de un luchador a puños descubiertos derrotado un sábado por la noche—. Tenía la fiebre en el corazón, ¿sabes? —susurró—, y tuvimos suerte de tenerlo entre nosotros tantos años.

Pero yo sabía que no era la fiebre reumática la que se lo había llevado. Se lo había llevado la Muerte, que había venido por High Road y se había vuelto por el mismo camino, sin dejar más rastro que sus huellas en la tierra junto a la valla.



Más adelante, mis recuerdos sobre mi padre quedarían rotos y desfigurados por el dolor; después me lo imaginaría cómo Juan Gallardo, el valiente personaje de *Sangre y arena*, aunque nunca inconstante, ni tan apuesto como Valentino.

Lo enterraron en un ancho ataúd, de madera alabeada y sin pulir, y los granjeros vecinos, entre ellos Kruger el alemán, se llevaron su cuerpo por la carretera del campo en una camioneta de plataforma. Más tarde se reunieron, trajeados y con expresión circunspecta, en nuestra cocina, entre el olor a cebolla frita en grasa de pollo, el aroma de un bizcocho y el perfume del agua de lavanda en una jarra de cerámica junto al lavadero. Y hablaron de mi padre, aireando sus recuerdos, sus anécdotas, contando grandes historias con amplias licencias narrativas, embelleciéndolas y redimensionándolas con hechos que eran ficción.

Mi madre se quedó callada, sin palabras, expectante, con una expresión de tosca simplicidad. Sus ojos perfilados con *kohl*, profun-



dos como pozos; sus pupilas dilatadas; negras como el antimonio.

—Una vez lo vi pasar toda la noche con la yegua —recordó Kruger—. Se quedó allí hasta el alba, dándole al animal puñados de maíz harinoso para pararle el cólico.

—Os contaré una historia sobre Earl Vaughan y Kempner Tzanck —anunció Reilly Hawkins.

Se inclinó hacia delante, con sus manos rojas y encallecidas como puñados de alguna fruta exótica seca y con los ojos yendo de un lugar a otro como si buscaran sin cesar algo que justificara tanto movimiento. Reilly Hawkins trabajaba unas tierras al sur de las nuestras, y llevaba en ellas desde mucho antes de que nosotros llegáramos. El primer día nos había dado la bienvenida como si volviéramos de un largo viaje, levantó un granero con mi padre y no se llevó más que una jarra de leche fría por su trabajo. La vida le había esculpido el rostro como si tuviera una pátina, cubriéndole los rasgos de finas arrugas, con el blanco de los ojos casi de madreperla, aquellos ojos limpios de tanto llorar por los amigos que se habían ido. Y por familiares, todos ellos desaparecidos tiempo atrás y casi olvidados; algunos por la guerra, o por incendios o inundaciones, otros por accidentes o percances tontos. Qué irónico resultaba ahora, que alguna decisión impulsiva —que en sí misma no habría sido más que un esfuerzo por reafirmar o alegrar la existencia con un estallido de vida— pudiera resultar en muerte. Como la del hermano menor de Reilly, Levin, a los diecinueve años, en la Feria Estatal de Georgia. Había un piloto de pruebas, un charlatán medio borracho que tenía una Stearman o una Curtiss Jenny con la que fumigaba en temporada y con la que se dedicaba a pasar rozando las copas de los árboles y los tejados de los graneros con sus maniobras insensatas y arrogantes, y Reilly había incitado a Levin a que se diera un paseo con el aviador. Los hermanos intercambiaron palabras como en un *pas-de-deux*, un preciso paso a dos, un tango de bravuconadas y provocaciones, cada frase un paso, un pie arqueado, una espalda curvada, un hombro avanzado agresivamente. Levin no quería ir, dijo que su ca-



beza y su corazón estaban hechos para la observación a nivel de superficie, pero Reilly insistió, hizo uso de su influencia fraternal a pesar de que sabía que no era lo más juicioso, a pesar del olor a whisky que desprendía el piloto, a pesar de la escasa luz del atardecer. Levin cedió, se encaramó a un ala y subió por un cuarto de dólar, y el piloto, mucho más valiente que sereno, intentó un bucle exterior seguido de una ascensión vertical para iniciar un descenso en picado. El motor se paró en lo más alto. Un largo silencio sin aliento, una ráfaga de aire y luego un ruido como el de un tractor chocando contra un muro. Los dos murieron. El piloto y Levin Hawkins, quedaron como dos animales chamuscados contra el radiador de un camión. Una fumarola de cien metros de alto que aún humeaba la mañana siguiente. El ayudante del piloto, un chico para todo de no más de dieciséis o diecisiete años, se pasó unas horas caminando sin rumbo y sin expresión en la cara, y luego él también desapareció.

Los padres de Reilly Hawkins murieron poco después. Él intentó mantener la pequeña granja en pie tras su muerte, ambos destrozados por la pérdida de Levin, pero hasta los cerdos parecían mirarle de reojo, como si comprendieran su culpa. Nadie pronunciaría una palabra de culpa contra Reilly, pero el viejo Hawkins, que mascaba sin cesar su tabaco Heidsieck, se quedaba mirando al hermano mayor, mirándolo como si tuviera pendiente una deuda y esperara que Reilly se ofreciera a pagarla. Tenía los ojos inquietos, como los de un ex fumador en una tienda de puros. Nunca diría una palabra, pero la palabra siempre estaría presente.

Reilly Hawkins no se había casado, según algunos porque no podía tener hijos y no le daba vergüenza admitirlo. Yo estaba convencido de que Reilly nunca se había casado porque ya le habían roto el corazón una vez y temía que, si le pasaba de nuevo, aquello pudiera matarlo. Se rumoreaba que había sido una chica del condado de Berrien, más bonita que una muñequita china. Imaginé que no querría embarcarse en otra aventura, puesto que tenía otros motivos para vivir. Se trataba de elegir entre alguna chica de amplia sonrisa y





familia aún más amplia, de las que llevan vestidos de algodón estampados, lían sus propios cigarrillos y beben directamente de la botella... Eso, o la soledad. Y se ve que debió de escoger la segunda, pero él nunca hablaba directamente de eso, y yo nunca le pregunté directamente. Ése era Reilly Hawkins, lo poco que yo sabía de él en aquel tiempo, y no valía la pena hacer cábalas sobre sus intenciones o sus objetivos, puesto que la mayoría de las veces daba la impresión de ser un hombre más voluntarioso que sensato.

—Earl era un luchador —dijo Reilly aquel día en nuestra cocina, el día del funeral.

Eché un vistazo a mi madre. Ella no se movió apenas, pero sus ojos y la mirada que le devolvió indicaban que le daba permiso para seguir.

—Earl y Kempner fueron más allá de Race Pond, hasta Hickox, en el condado de Brantley. Fueron a ver a un hombre llamado Einhorn, si no recuerdo mal, un hombre llamado Einhorn, que vendía un ruano. Pararon en un lugar por el camino para beber algo, y mientras descansaban se presentó un tipo grande como un armario y empezó a gritarles como un desquiciado. Era un tipo con malas pulgas, de esos que buscan las cosquillas a la gente, y Earl le sugirió que fuera a ocuparse de sus asuntos y a gritar al bosque, donde nadie pudiera oírle.

Really volvió a mirar a mi madre, y luego a mí. Yo no me moví, quería oír lo que había hecho mi padre para aplacar a aquel bruto cerca de Hickox, en el condado de Brantley. Mi madre no levantó la mano, ni la voz, y Reilly sonrió.

—Resumiendo, aquel salvaje intentó tumbar a Earl con un puñetazo, pero Earl dio un paso atrás y mandó al tipo por los aires, haciéndole atravesar la puerta. Cayó en medio de una polvareda. Fue tras él e intentó hablarle para calmarlo, pero aquel hombre tenía ganas de pelea y no había modo de razonar con él. Kempner salió justo cuando el hombre volvía a por Earl con un tablón en las manos. Earl era como uno de esos acróbatas chinos del circo Barnum & Bailey, dando saltos hacia atrás y a los lados, con los puños como pistones,





y uno de esos pistones dio con la nariz de aquel hombretón, que sonó como si se hubiera roto por una docena de sitios. La sangre le manaba como una cascada y el tipo cayó de rodillas en el polvo, con la camisa empapada, aullando como un cerdo en el matadero.

Reilly Hawkins se echó atrás y sonrió.

—Se decía que la nariz de aquel tipo nunca dejó de sangrar... Siguió chorreando sangre hasta que se quedó sin...

—Reilly Hawkins —le interrumpió mi madre—, esa historia no es verdad y tú lo sabes.

—No quería faltarle el respeto, señora —se disculpó Reilly, con la cabeza gacha—. No querría disgustarla en un día como éste.

—Lo único que me disgusta son las falsedades, las medias verdades y las mentiras flagrantes, Reilly Hawkins. Estás aquí para acompañar a mi marido en su camino hacia el Señor, y te agradecería que controlaras el lenguaje, los modales y que procuraras no faltar a la verdad, en especial delante del chico —le advirtió.

Luego me miró. Yo estaba allí, con los ojos como platos, intrigado, deseoso de conocer más detalles escabrosos sobre mi padre, un hombre que podía soltar un gancho de derecha a un gigantón en la nariz y provocarle la muerte por hemorragia.

Más adelante recordaría el entierro de mi padre. Recuerdo aquel día en Augusta Falls, condado de Charlton —un pueblo fundado antes de la guerra, junto al río Okefenokee—, recuerdo un terreno que era más ciénaga que tierra; el modo en que la tierra lo absorbía todo, insaciable, siempre insatisfecha. Aquella tierra hinchada se tragó a mi padre, y yo lo vi marchar. Sólo tenía once años; él, no más de treinta y siete, y mi madre y yo, de pie, junto a un grupo de granjeros analfabetos pero respetuosos, procedentes de todos los rincones del mundo, con las mangas de las chaquetas hasta los nudillos y ásperos pantalones de franela que dejaban al descubierto centímetros de desgastados calcetines. Unos patanes, quizá, más burdos que educados, pero de corazón firme, robustos y generosos. Mi madre me sujetaba la mano con más fuerza de la necesaria, pero yo no dije nada y no la





retiré. Era su primer y único hijo, porque —si era cierto lo que se decía, y no tenía ningún motivo para no creerlo— yo había sido un niño difícil, me había resistido a salir, y el esfuerzo del parto había estropeado los órganos internos de mi madre, impidiéndole así ampliar la familia.

—Ahora somos sólo tú y yo, Joseph —murmuró después. La gente se había ido, Kruger y Reilly Hawkins, otros de rostro familiar y nombres inciertos, y nosotros nos quedamos uno junto al otro, mirando al exterior desde la puerta principal de nuestra casa, una casa levantada a mano con sudor y buena madera—. Sólo tú y yo a partir de ahora —dijo de nuevo, y luego nos dimos la vuelta, entramos y cerramos la puerta para pasar la noche.

Más tarde, tendido en mi cama sin poder dormir, pensé en la pluma. Quizá —pensé— había ángeles que concedían dones y ángeles que se los llevaban.

Gunther Kruger, un hombre que adquiriría importancia en mi vida con el paso de los días, me dijo que el hombre provenía de la Tierra, que si no volvía a ella se produciría algún tipo de desequilibrio universal. Reilly Hawkins decía que Gunther era alemán, y que los alemanes eran incapaces de ver la globalidad de las cosas. Él me dijo que las personas somos espíritus.

—¿Espíritus? —le pregunté—. ¿Como fantasmas?

Reilly sonrió y sacudió la cabeza.

—No, Joseph —susurró—. No como fantasmas... más bien como ángeles.

—¿Entonces mi padre se ha convertido en un ángel?

Por un momento no dijo nada; inclinó la cabeza hacia un lado e hizo un guiño extraño con un ojo.

—¿Tu padre, un ángel? —dijo, con una sonrisa forzada, como si se le hubiera tensado un músculo en un lado del rostro y no pudiera relajarlo—. Quizá algún día... Supongo que tendrá que hacer algo, pero sí, quizá un día llegue a ser un ángel.





Por la costa de Georgia —río Crooked, isla de Jekyll, arrecife de Grey o los acantilados de Dover Bluff— las carreteras eran más bien puentes y pasarelas improvisados que de vez en cuando atravesaban extensiones de agua tan lisas como las piedras que los niños hacían rebotar en su superficie; una serie de islas, arroyos, estrechos, marismas y ensenadas con árboles cubiertos de musgo, pasarelas de troncos atados para atravesar los pantanos más profundos y, en el sudeste, los llanos que, al adentrarse en el estado, daban paso a los Apalaches. En Georgia se cultivaba arroz, y entonces llegó Eli Whitney con la desmotadora y los campesinos cosecharon cacahuetes, y los colonos explotaron los árboles, extrayendo goma para vulcanizar las sogas, brea para impermeabilizar las costuras de las velas y trementina para la pintura. Ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de historia, una historia que yo aprendí, una historia en la que creí.

Un pupitre con brazo; una escuela con una única aula; una profesora llamada señorita Alexandra Webber. Un sembrado de rostros boquiabiertos, y unos ojos azules como la flor del maíz, sencillos y simplones. Su pelo era como el lino, y siempre olía a regaliz y a menta, y en menor medida a algo que quizá fuera jengibre o zarzaparrilla. No hacía concesiones, y no esperaba que se las hicieran, y su gran paciencia sólo era comparable a la intensidad de sus enfados si notaba que la habías desobedecido a propósito.

Yo me sentaba junto a Alice Ruth van Horne, una niña dulce y extraña a la que, de algún modo inexplicable, me sentía unido. Ha-





bía algo natural y entrañable en el modo que tenía de dar vueltas a sus mechones rizados con el dedo cuando se concentraba, mirándome de vez en cuando como si yo tuviera la respuesta que no encontraba. Quizá le diera la impresión de que entendía lo que buscaba, quizá por el simple hecho de que agradecía su atención, pero cuando ella faltaba yo era consciente de su ausencia de un modo que iba más allá de la presencia física. Yo tenía once años, pronto cumpliría doce, y en ocasiones pensaba en cosas que no habría estado bien compartir con otros. Alice representaba algo que no entendía del todo, algo que sabía que resultaría demasiado difícil de explicar. Durante los cuatro años que estuve en la escuela, Alice había estado allí, delante de mí, a mi lado, y durante un trimestre en el asiento de atrás. Cuando la miraba, ella me sonreía, a veces se sonrojaba, y luego apartaba la vista, sólo un momento, y me volvía a mirar. Estaba convencido de que sus sentimientos eran francos y puros, y creía que algún día, quizá ambos guardaríamos un recuerdo perfecto de nuestra infancia.



La señorita Webber, en cambio, representaba algo completamente diferente. Yo quería a la señorita Alexandra Webber. Mi amor era tan claro y perfectamente definido como sus rasgos. La señorita Webber dirigía sus clases con un orden perfectamente calculado, y su voz, su silencio, todo lo que era y todo lo que me imaginaba que podría ser, actuaban sobre mí como un calmante, como un bálsamo tras la muerte de mi padre.



—El caballero Johnny Burgoyne... ¿Quién ha oído hablar del caballero Johnny Burgoyne?

Silencio. Nada más que el sonido de mi corazón al mirarla.

En aquella estrecha sala con suelo de tablonos éramos diecisiete, y ninguno levantó la mano.

—Bueno, estoy decepcionada —dijo la señorita Webber, con una sonrisa comprensiva.

Aparentemente, la señorita Webber había venido desde Siracusa, cerca de Canadá, para darnos clase. La gente de Siracusa respiraba





un aire diferente, un aire que hacía que tuvieran la cabeza más clara y la mente más despierta; la gente de Siracusa era de otra raza.

—El caballero Johnny Burgoyne, nacido en 1722, muerto en 1792. Era un general británico durante la Revolución Americana. Quedó rodeado por nuestras tropas en Saratoga el diecisiete de octubre de 1777. Fue la primera gran victoria de Estados Unidos y una batalla realmente decisiva en la guerra.

Hizo una pausa. El corazón se me paró por un instante.

—¿Joseph Vaughan?

Juro que casi me trago la lengua.

—¿Dónde tienes la cabeza, Joseph Vaughan? Seguro que no en esta tierra...

—Sí, señorita, s... sí, claro que sí.

Risas contenidas, como las de los niños que van pidiendo golosinas por las casas en Halloween. Niños que conocía, de los condados de Liberty y de McIntosh, otros de Silco y de Meridan. Alice estaba entre ellos. Alice Ruth van Horne. Laverna Stowell. Sheralyn Williams. Venían de todas partes a aprender cosas de la vida con la señorita Alexandra Webber.

—Bueno, me alegro mucho de oír eso, Joseph Calvin Vaughan. Ahora, para demostrarnos lo atento que has estado esta tarde, puedes ponerte de pie junto a tu pupitre y explicarnos qué es lo que ocurrió exactamente en Brandywine, al sudeste de Pensilvania, aquel mismo año.

Mi explicación fue somera e insustancial. Me castigó a quedarme después de clase a limpiar los trapos de la pizarra.

Ella se quedó a mi lado, al principio pensé que para comprobar si cumplía o no con la tarea, o para volver a regañarme por mi falta de concentración.

—Joseph Vaughan —me dijo.

El aula estaba vacía. Era media tarde. Mi padre llevaba muerto casi tres meses. Yo iba a cumplir doce años al cabo de cinco días.

—La clase de hoy... Tengo la impresión de que estabas aburrido.





Yo negué con la cabeza.

—Pero no estabas prestando atención, Joseph.

—Lo siento, señorita Webber... Estaba pensando en otra cosa.

—¿Y se puede saber en qué?

—Estaba pensando en la guerra, señorita Webber.

—¿Tú has oído hablar de la guerra de Europa? —preguntó.

Parecía sorprendida, aunque yo no entendía por qué.

Asentí.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Mi madre, señorita Webber.

—Créeme, Joseph Vaughan, puedo asegurarte que cualquier mujer norteamericana que viva en Georgia y que sepa de Adolf Hitler y de la guerra en Europa es una persona culta e inteligente.

—Sí, señorita Webber.

—Ven y siéntate, Joseph —dijo la señorita Webber.

Yo levanté los ojos y la miré. Tenía bastantes años menos que ella y quizá medía quince centímetros menos.

Ella señaló su mesa, en la parte de delante del aula.

—Ven —dijo—. Ven y siéntate aquí un momento a hablar conmigo antes de irte.

Yo hice lo que me dijo. Sentía que no me llegaba la camisa al cuerpo, que mi esqueleto luchaba por ocupar aquel espacio indefinido.

—Dime un sinónimo de color.

Yo la miré, evidentemente desconcertado. Ella sonrió.

—No es un examen, Joseph, sólo es una pregunta. ¿Sabes decirme un sinónimo de color?

Yo asentí.

—Dime.

—Tono, Señorita.

—Bien —respondió, con una gran sonrisa. Sus ojos del color de la flor del maíz brillaron bajo un sol de Siracusa.

—¿Y otro?

—¿Otro?



—Sí, Joseph, otro sinónimo de color.

—Matiz, quizá... ¿Algo así?

Ella asintió.

—¿Y puedes decirme otra palabra que signifique multitud?

—¿Multitud? ¿Como un gentío, una horda?

La señorita Webber inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Una horda?

Yo asentí.

—¿Dónde has encontrado esa palabra, Joseph Vaughan?

—En la Biblia, señorita Webber.

—¿Tu madre te hace leer la Biblia?

Yo negué con la cabeza.

—¿La lees tú solo?

—Un poco.

—¿Por qué? —preguntó.

—Quería...

Notaba el rubor que me invadía las mejillas. «¿Cuántas palabras, para explicar un sentimiento?», pensé.

—¿Qué es lo que querías, Joseph?

—Quería aprender cosas sobre los ángeles.

—¿Los ángeles?

Asentí.

—El serafín y el querubín, la jerarquía celestial.

La señorita Webber se rió, pero enseguida se contuvo.

—Lo siento, Joseph. No quería reírme. Es que me has sorprendido.

Yo no dije nada. Me ardían las mejillas; como en el verano del 33, cuando el río se secó.

—Háblame de la jerarquía celestial.

Yo me senté mejor en la silla, con un gesto incómodo. Sentí cierta vergüenza. No quería que la señorita Webber me preguntara por mi padre.

—Hay nueve coros de ángeles —dije, con la voz atrapada en el fondo de la garganta, como si hubiera quedado prendida en una



red—. Los serafines... fieras criaturas de seis alas que guardan el trono de Dios. Son conocidos como Seres Ardientes. Luego están los querubines, que tienen grandes alas y cabeza humana. Son los siervos de Dios y los Guardianes de los Lugares Sagrados. Luego están los tronos, las dominaciones, las virtudes, los poderes, las potestades, los principados, y luego vienen los arcángeles, como Gabriel y Miguel. Por último están los ángeles propiamente dichos, intermediarios divinos que protegen a las personas y a los pueblos.

Hice una pausa. Tenía la boca y la garganta secas.

—Miguel combatió a Lucifer y lo expulsó a Gehena.

—¿Gehena? —preguntó la señorita Webber.

—Sí —dije yo—. Gehena.

—¿Y por qué combatió Miguel a Lucifer?

—Era el portador de la luz —respondí—. Eso es lo que significa su nombre... *lux* significa luz y *fero* significa llevar. Algunos le llaman el portador de la Aurora, otros el portador de la luz. Antes era un ángel. Tenía la misión de llevar la luz y mostrarle a Dios dónde había pecado el hombre.

Eché un vistazo hacia la puerta. Me sentía tonto, como si me estuvieran tomando el pelo para que hablara. Volví a mirar a la señorita Webber, que se limitaba a sonreír, con expresión de interés y de curiosidad.

—Él llevaba la luz y le mostraba a Dios dónde había pecado el hombre, y recogía pruebas, como los policías. Entonces se lo decía a Dios, y Dios castigaba a la gente por lo que había hecho.

—¿Y eso era malo? —preguntó la señorita Webber.

Parece que se limitaba a hacer su trabajo.

Yo sacudí la cabeza.

—Al principio sí, pero luego empezó a preocuparse más por dar gusto a Dios que por ser fiel a la verdad. Empezó a engañar a la gente para que hiciera cosas malas y así poder contárselo a Dios. Trajo la tentación al hombre, y él mismo se vio tentado. Empezó a contar



mentiras, y Dios se enfadó mucho con él. Luego Lucifer intentó organizar un motín entre los ángeles, y Miguel lo combatió y lo desterró a Gehena.

Dejé de hablar. Se me había soltado la lengua. Para cuando me di cuenta, ya había ido demasiado lejos. La polvareda del frenazo se me quedó pegada a la garganta y me hizo toser.

—¿Quieres un vaso de agua, Joseph?

Negué con la cabeza.

La señorita Webb sonrió de nuevo.

—Estoy impresionada, Joseph. Impresionada de que sepas tanto de la Biblia.

—Yo no sé mucho sobre la Biblia —precisé—. Sólo un poco sobre los ángeles.

—¿Crees en los ángeles?

Asentí.

—Claro que sí.

Me pareció extraño que me preguntara algo así.

—¿Y por qué quieres saber cosas sobre los ángeles, Joseph?

Tragué saliva sonoramente. El miedo se me concentró en una bola que se me atravesó en la garganta.

—Por mi padre.

—¿Él quería que tú supieras cosas sobre los ángeles?

—No, señorita... Porque Reilly Hawkins me dijo que si mi padre se esforzaba mucho, quizá llegara a ser uno.

Ella se me quedó mirando un momento, quizá más de cerca que antes, pero no sonrió, ni tampoco se rió.

—Tu padre murió, ¿verdad?

—Sí, señorita.

—¿Cuándo murió, Joseph?

—El doce de julio.

—¿Sólo hace unas semanas?

—Sí, señorita Webber, hace unos tres meses.

—¿Y qué edad tienes ahora, Joseph?



Yo sonreí.

—Cumpliré doce años dentro de cinco días.

—Cinco días, ¿eh? ¿Y tienes hermanos?

Negué con la cabeza.

—¿Sólo estáis tú y tu madre?

—Sí, señorita Webber.

—¿Y quién te enseñó a leer?

—Mi madre y mi padre... Mi padre solía decirme que era una de las cosas más importantes que puedes hacer. Dijo que puedes vivir en una barraca sin habitaciones en un pueblo perdido en la nada toda la vida, pero que mientras puedas leer, podrás ver todos los lugares del mundo con el ojo de la mente.

—Era un hombre sabio.

—Con el corazón enfermo —dije yo.

Ella pareció echarse atrás un momento, como si yo hubiera dicho algo fuera de lugar.

—Lo siento... —me disculpé. Pero ella levantó la mano.

—Está bien.

—Quizá debiera irme, señorita Webber.

—Sí, quizá sí —dijo ella, asintiendo—. Te he entretenido mucho.

Me deslicé hasta salir del pupitre y me quedé de pie al lado. Sostuve mi corazoncito entre las manos, frágil como un pajarillo en una jaula hecha de pajitas.

—Ha sido un placer hablar con usted, señorita Webber —dije—. Y siento no haber prestado atención a lo de Brandywine.

Ella sonrió. Alargó la mano y me tocó la mejilla. Por un momento, lo que dura un latido, sentí correr la energía por el cuerpo, llenándome el pecho, hinchándome el estómago y provocándome una sensación como si tuviera que hacer pipí.

—No te preocupes, Joseph... Me imagino que estabas en otro lugar, mucho más importante. —Parpadeó—. Vete, anda, y mantén bien abierto el ojo de la mente.





Mi cumpleaños cayó en sábado. Me levanté al oír a los negros cantando en los campos de Gunther Kruger. En la entrada de casa había un paquete envuelto en papel de embalar marrón, con mi nombre escrito en letras claras e inconfundibles: JOSEPH CALVIN VAUGHAN. Lo recogí, entré en casa y se lo enseñé a mi madre.

—Bueno, chico, pues ábrelo —me dijo—. Será un regalo, quizá de los Kruger.

El largo valle, de John Steinbeck.

Dentro, llevaba la inscripción: «Vive la vida con audacia en el corazón, Joseph Vaughan, porque la vida se te queda pequeña. Mis mejores deseos en tu duodécimo cumpleaños. Tu profesora, señorita Alexandra Webber».

—Es de mi profesora —dije—. Es un libro.

—Ya veo que es un libro, hijo —respondió mi madre, que se secó las manos en el delantal y me lo quitó de las manos.

Estaba encuadernado con tapas duras, las páginas olían a tinta fresca y, cuando me lo devolvió, lo hizo ordenándome que lo cuidara bien.

Sostuve el libro en las manos y lo apreté contra mi pecho, casi temeroso de que se me cayera, y luego hice una pausa antes de abrirlo. Cerré los ojos y di las gracias a lo que fuera que hubiera inspirado a la señorita Webber aquel acto de generosidad.

LOS CRISANTEMOS

Una niebla invernal, gris y espesa separaba el Valle de Salinas del cielo y del resto del mundo. Era una densa bruma que se apoyaba por sus bordes en las crestas de las montañas, convirtiendo el valle en una olla tapada.

Me llevé el libro afuera, me senté en los escalones del porche, oyendo las voces de los negros en los campos, sintiendo el olor de las tortitas y de una nueva mañana a mi alrededor, y leí, página tras página, volando entre palabras que ni entendía ni me preocupaba en





entender, porque en ellas encontraba algo que me planteaba un desafío y me asustaba, que me excitaba, con una especie de fiebre y de pasión indescriptibles.

Más tarde le dije a mi madre que quería escribir.

—¿Escribirle a quién? —preguntó.

—No, quiero escribir... Escribir un libro, muchos libros. Quiero ser escritor.

Ella se inclinó sobre mí, me arropó bien, tapándome hasta el cuello, y me besó en la frente.

—¿Escritor, eh? —dijo, y sonrió—. Entonces, me parece que más valdría que llevaras siempre un lápiz encima.

El viernes, 3 de noviembre de 1939, encontraron el cuerpo de Alice Ruth van Horne. Yo la conocía mejor que nadie en mi clase. Tenía los ojos verdes, y un cabello que no era ni dorado, ni pelirrojo, ni castaño, sino que tenía todos los colores de mil hojas caídas. Cuando reía, era como si se hubiera colado un pájaro exótico por la ventana. En la fiambarrera del almuerzo llevaba sándwiches que yo sabía que se había hecho ella misma. Les había quitado la corteza y los había envuelto uno por uno.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté en una ocasión.

—¿Quieres uno?

Me ofreció, extendiendo un brazo fino y moreno.

Yo negué con la cabeza.

—Pruébalo —insistió.

Tomé aquello con cautela y lo olí. Ella se rió.

—Pruébalo —repitió.

Sabía a algo cálido, como canela, no se parecía a nada. La verdad es que estaba estupendo. Ella ladeó la cabeza.

—Bueno, ¿eh?

—Muy bueno —respondí, asintiendo.

—Por eso están envueltos por separado. Si los pones todos juntos pierden sabor.





La encontraron desnuda en un campo, al final de High Road, donde la Muerte debió de comenzar su recorrido cuando vino a buscar a mi padre. Daba la impresión de que la Muerte no venía a buscar a Alice; ella le había ahorrado las molestias saliendo a su encuentro. A su lado encontraron su fiamblera. Era tarde, mucho después del colegio, y en el recipiente no encontraron más que envoltorios y el olor a corteza de pan. Tenía once años. Se ve que alguien la había desnudado y la había golpeado, le había hecho cosas «que ningún ser humano normal le haría ni a un perro, y mucho menos a una niña». Fue Reilly Hawkins quien dijo aquello; lo dijo en nuestra cocina, allí sentado junto a Gunther Kruger, que había traído una jarra de arcilla llena de limonada hecha por la señora Kruger, y mi madre le dijo:

—Calla, Reilly, no quiero que se digan estas cosas delante del niño.

Más tarde, el niño del que hablaban se fue a la cama. Esperé hasta que la casa dejó de crujir y estirarse, me escabullí de mi habitación y me quedé inmóvil, como un fantasma, entre las sombras y los recuerdos, en lo alto de las escaleras.

—La violaron, eso es lo que hicieron —le oí decir a Reilly—. Pobrecilla, no era más que una niña... y algún animal la violó y la golpeó y la estranguló hasta matarla, y luego la dejó tirada en los campos, al final de High Road.

—A mí me da que va a ser uno de esos negros —dijo Gunther Kruger.

Mi madre se giró hacia él y respondió con voz firme e implacable:

—Ya está bien de hablar así, Gunther Kruger. Ahora mismo, mientras hablamos, tus paisanos están dejándose arrastrar por un tirano a una guerra que todos hemos rezado para que no tuviera lugar. El gobierno polaco está exiliado en París; incluso he oído que Roosevelt tendrá que ayudar a los británicos, vendiéndoles artillería y bombas norteamericanas. Morirán miles, cientos de miles, quizá millones de personas... todo por culpa de los alemanes.





—Eso es injusto, señora Vaughan... no todos los alemanes...

—Y no todos los negros, señor Kruger.

Kruger se quedó en silencio. El viento había cambiado y se le habían desinflado las velas. La corriente le llevaba con indolencia hacia la orilla de la vergüenza y él no se atrevía a mirar atrás, en dirección del barco enemigo.

—Y no permito que se hable así en mi casa —añadió mi madre—. No estamos en la Edad de las Tinieblas. No somos ignorantes. Adolf Hitler es un hombre blanco, igual que Genghis Khan era mongol y Calígula era romano. No es la nacionalidad, ni el color, ni la religión... siempre es el hombre.

—Tiene razón —declaró Reilly Hawkins—. Tiene razón, Gunther Kruger.

Kruger preguntó si Reilly o mi madre querían más limonada. Yo volví a mi cama sigilosamente y pensé en Alice Ruth van Horne. Recordé el sonido de su voz, el modo en que sonreía ante las cosas más tontas. Recordé un juego que habíamos jugado una vez en el campo de la valla rota, cuando se había caído y se había rozado el codo, y yo la había tenido que acompañar a su casa.

Era una niña de carácter dulce, parecía siempre alegre.

Recordaba cómo me miraba, cómo sonreía, se giraba, volvía a mirarme... Siempre esperando una respuesta que yo nunca le di.

Lloré por ella.

Me di cuenta de que el recuerdo que tenía de Alice, un recuerdo que sin duda siempre se mantendría puro, ahora no sería nada más que una sombra en mi corazón.

Intenté imaginarme el tipo de ser humano que podía haberle hecho algo así a Alice Ruth. Pensé en si una persona así podía ser considerada *humana*.

Cuando me desperté, mi almohada aún estaba húmeda. Supuse que habría llorado en sueños.

Me imaginé que Dios habría convertido a Alice en un ángel inmediatamente.



A la mañana siguiente recorté un artículo del periódico y lo escondí en una caja bajo mi cama.

CHARLTON COUNTY JOURNAL
Sábado, 4 de noviembre de 1939
Asesinada una niña de Augusta Falls

La mañana del viernes 3 de noviembre se halló en Augusta Falls el cuerpo de una niña del lugar, Alice Ruth van Horne, de once años. Alice, que estudiaba en la Escuela de Primaria de Augusta Falls, fue descubierta por un vecino. El sheriff Haynes Dearing ha declarado: «Estamos buscando rastros de cualquier persona desconocida o que estuviera de paso por la zona. Hemos declarado el estado de emergencia en todo el condado con carácter inmediato, en busca de cualquier sospechoso. El asesinato de una niña, miembro de nuestra comunidad, de un modo tan brutal, es suficiente motivo como para estar atento a cualquier hecho fuera de lo normal o destacado que se haya producido en la comunidad. Quiero pedirles a todos los ciudadanos que no tengan miedo, pero que estén atentos al paradero de sus hijos en todo momento». Al preguntarle por los detalles de la investigación de este horrible asesinato, el sheriff Dearing evitó hacer más comentarios. Arthur y Madeline van Horne, padres de la niña asesinada, llevan viviendo en Augusta Falls dieciocho años. Asisten a la iglesia metodista del condado de Charlton. El señor Van Horne trabaja en su propia granja, sita en Augusta Falls.

Intenté no pensar en lo que sería morir apaleado y estrangulado, pero cuanto más intentaba no pensar en ello, más me ocupaba la mente. Al cabo de unos días lo dejé estar. Daba la impresión de que era lo que todos en Augusta Falls querían hacer.